

FANTASÍA ERÓTICA EXPLÍCITA PARA HOMBRES

BLAKE SKY



TENTACIÓN, EN DETENCIÓN

ACADEMIA DE MAGIA

presentada por
sexual

Tentación en Detención

Corto Erótico

Blake Sky

Copyright © 2019 Blake Sky

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro podrá ser reproducida sin autorización escrita por parte del autor.

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, o se han usado de manera ficticia. Cualquier parecido con personas vivas o muertas, eventos, lugares o incidentes, es completamente casual.

Todos los personajes representados son mayores de 18 años.

Solo para adultos.

www.blakesky.com

Portada y diseño por Blake Sky.

Primera edición en español: Mayo 2020

10 9 8 7 6 5 4 3 2 1

UNA PROBADITA

MI BOCA JUNTO a su oreja. Digo:

—¿Es esto lo que quieres? —mientras bajo mi mano por su costado, por su falda y luego acaricio su pierna desnuda.

—Sí, —dice temblando, con los labios besando el tablero. Como una estatua, espera mis instrucciones.

Muevo mi mano hacia arriba a paso de tortuga, debajo de su falda, hasta llegar a sus calzones. Levanto mi mano un poco más y acaricio sus nalgas; su suave culo de melocotón.

Ella chilla.

La empujo más fuerte contra el tablero, presionando mi cuerpo contra el suyo. Brusco. Para hacerle saber que no le he dado permiso para hacer ningún sonido.

Ella entiende y cierra el pico.

Mi palma frotando sus bragas encuentra su vulva hinchada, rogando que alguien la toque. Acaricio sus labios y encuentro el algodón mojado. Restriego mi cuerpo contra el suyo. Mi pelvis desnuda contra su falda. Mi polla entre sus nalgas. Pre- semen mancha la tela. Sostengo a mi estudiante por la cintura y la muevo a mi gusto. Luego levanto mi brazo derecho y deslizo mi mano entre los botones de su camisa. Cuelo mis dedos debajo del alambre de su sostén y estrujo su teta izquierda.

A todas las curiosas en todos los mundos.

CAPÍTULO 1

—¡OYE GARLAND! SÁCAME de este embrollo, ¿sí? —Maldición, ese es Percival Cobweb caminando hacia acá.

La cafetería de profesores fue una taberna por allá en los 1800, y para ser honesto, todavía parece una. La decoración de los hechiceros tiene fuertes influencias de sensibilidades de siglos pasados, dado que la gente mágica tiene una aberración bien particular a cualquier forma de progreso.

Estoy sentado en una pequeña mesa al lado de la ventana, en la esquina de la cafetería, tratando de disfrutar un poquito de silencio al final de la tarde, mientras me acabo lo que queda de una taza de café.

—¿Qué quieres Cobweb? —digo, descansando sobre la mesa mi taza de café, ahora vacía.

—Cuando calificas un quiz, ¿esa nota se les suma a los otros quices, o es parte de la nota final?

—¿¡Qué!?! Ambas. Ambas son ciertas. ¿¡Qué!?! Tú eres un profesor, ¿por qué me estás preguntando esto?

Cobweb encoje los hombros.

—¿Si quieres sabes cómo funcionan las matemáticas? —pregunto en broma.

—En realidad no, no —responde con sinceridad—. Tú eres el único mago que conozco que sabe.

Me froto la sien.

—Eso no puede ser verdad.

Cobweb vacía su maleta. Una avalancha de papeles y pergaminos y libros caen sobre la mesa. Mas de los que le caben a la misma, por lo que algunos se caen al piso. Cobweb se estira para frenar el desborde, sin mucho éxito.

—¿Por qué—

Antes de que pueda terminar de hablar, Cobweb me presenta un libro verde y pregunta:

—¿Qué diablos es un porcentaje?

Lo agarro. Es su libro de calificaciones. Paso las páginas y encuentro tablas en tinta con las calificaciones de todas sus clases. Medio libro está lleno, con notas de semestres pasados. La otra mitad tiene tablas vacías, listas para llenarse con nombres y calificaciones.

—Cómo coños has venido haciendo esto si no sabes qué es un porcentaje?

—El libro está encantado. Escribo cada calificación en la columna indicada —dice apuntando a una columna con números al lado de los nombres de sus estudiantes. Luego señala la columna del final de la tabla, y añade—, y el libro me da la nota definitiva.

—Y entonces, ¿cuál es el problema?

Se sienta en la silla en frente mío.

—El problema es que le puse un trabajo extra a Elisa Hazel. Y ahora no sé cómo poner esa nota en el libro. —Cobweb apunta a una celda vacía al lado del nombre de la estudiante.

—¿Cómo calculabas antes los trabajos extra?

—Nunca lo había hecho. Pero todos los otros profesores lo hacen, y pensé que no sería un problema.

Le rapo el libro.

—Dame acá. —Saco mi varita y la meneo sobre la tabla que le está dando problemas. Un leve destello irradia desde la punta de mi varita a medida que masajeo el encantamiento del libro; a medida que intento arreglar la forma en que computa las calificaciones.

Cobweb exhala aliviado.

—Por qué le pusiste un trabajo extra? —pregunto.

Él deja escapar una sonrisa lujuriosa. En voz baja, para que nadie más escuche, dice:

—Me dio dos razones muy convincentes. —Me guiña el ojo y discreta-

mente acaricia dos tetas imaginarias sobre su pecho.

Le levanto una ceja y desvío mi mirada.

—Je je, je —añade, golpeando mi brazo con su codo—. Sabes a lo que me...

—Sí, sí. —Lo interrumpo—. Sé a lo que te refieres.

—Porque ella—

—¡Entendí! —le digo mientras sigo meneando mi varita mágica sobre su libro—. Cobweb. Esto es más complicado de lo que parece. —Con mi mano libre tomo la taza vacía que descansa sobre la mesa y se la entrego—. Me debes una taza de café.

El Profesor Cobweb se acomoda en su silla y me dice con una sonrisa:

—Te propongo una mejor. —Él desenfunda su barita y grita

Me detengo y lo miro con los ojos entrecerrados. Es un día laboral y estamos a la mitad de la tarde.

Como si me hubiera leído la mente, me dice:

—Relájate, ¿sí? Ya se acabaron las clases —y materializa una jarra de cerveza para él, usando un cenicero de una mesa vecina.

Respiro profundamente. Luego, me rindo y agarro la jarra de cerveza.

—Solo para saberlo, ¿trabajo extra es...?

—Un ensayo sobre la historia de Greystoke. —Cobweb se menea en su silla—. Todavía no tengo las pelotas para que «trabajo extra» signifique lo que insinúas.

—¿Todavía? —Tomo un sorbo.

—Algún día. Ese es el sueño, ¿no?

—Estás jugando con fuego, Percival.

—La mitad de las estudiantes son unas perversas —dice con su jarra cubriéndole la cara, como si estuviera escondiendo sus labios de miradas indiscretas—. Fuego es la palabra clave ahí.

—Te van a despedir.

—Elisa ya cumplió dieciocho. No es ilegal.

—Tampoco es ético.

—Eah. Relájate, Profesor Wyvernflight. Eres demasiado psicorrígido.

Un sorbo se convierte en dos. Una jarra en tres. Cuando menos me doy cuenta, nos estamos riendo a carcajadas en la cafetería de profesores, y sigo sin haberle arreglado el libro.

Mas tarde, la secretaria administrativa entra afanada a la cafetería, escaneando el lugar. Me encuentra y corre hacia nuestra mesa.

—Profesor Wyvernflight!

—Hola, Eleanor —le digo.

—Profesor Wyvernflight. Te he estado buscando. —Eleanor se ve tensa.

—¿Cómo te puedo ayudar?

—Tienes que supervisar detención. —Tan considerada Eleanor. Siempre pendiente de mí.

—Yo sé. —Hablo despacio, esperando que mi tono le ayude a calmarse—. Pero revisé y ningún estudiante tiene detención hoy.

—Claro que si—Digo, hay una estudiante castigada —dice mirando una carpeta que carga.

—¡Mierda! ¿De verdad?

—Si, de verdad.

—Concha. —Golpeo la jarra de cerveza contra la mesa, y el golpe hace que unas gotas se derramen sobre los papeles de Cobweb. No puedo estar acá. Ya estoy en la cuerda floja con la decana. Me paro y digo—. Me tengo que ir. —Y corro hacia la puerta.

El Profesor Cobweb abanica su libro de calificaciones.

—¡Ey! ¡¿Qué pasó con mi problema?!

CAPÍTULO 2

CADA PASO QUE doy retumba por toda el ala este. Es un edificio viejo, y yo voy a paso redoblado.

Las universidades de brujería americanas no están construidas en castillos medievales ya que, bueno, no hay castillos medievales en el nuevo mundo. En cambio, se han instalado en grandes casas de campo construidas sobre territorio sagrado indígena de los nativos americanos.

La Academia Greystoke de Magia Arcana se fundó en 1877 en Wallingford, Connecticut, y desde entonces se ha considerado una de las mejores y más prestigiosas universidades privadas del país. Siendo una academia destinada para los jóvenes de la clase hechicera de Nueva Inglaterra y la élite mágica, los edificios se mantienen lo más parecido posible a cómo eran en el siglo IXX. Es por eso por lo que al correr hacia el salón 3B, donde tenemos detención, mis pasos suenan como si estuviera martillando el piso de madera con una bola de demolición.

Me detengo unos pasos antes de llegar al 3B. Una pequeña ventana rectangular de sesenta centímetros de alto en la puerta muestra el interior del salón. Ya hay una chica ahí, sola, sentada en la segunda fila, con las piernas cruzadas y ligeramente encorvada. Su cabeza enterrada en su teléfono celular.

Me tomo un momento antes de entrar para procesar la situación. La chica en detención es Cypress Silverberry. Mi ritmo cardiaco se acelera. No me sorprende que esté ahí; es usual que ella tenga detención—Lo que me sorprende es que esté sola. Vamos a estar solos. En un salón. Solos. Los dos.

Los profesores no debemos enamorarnos de nuestras estudiantes—especialmente cuando «enamorado» no es el término indicado—pero acá es-

tamos. La primera vez que la vi, el mundo se puso en cámara lenta, y he venido teniendo problemas para controlarme desde entonces.

—Perdón por llegar tarde —digo entrando al 3B. Me quito la chaqueta y la pongo sobre el espaldar de la silla del profesor.

—No hay problema —responde Cypress sin quitarle la mirada a su teléfono, escribiendo en éste como si yo no estuviera ahí.

Encuentro que me distrae mucho el uniforme de bruja. Zapatos negros con medias blancas hasta la rodilla. Falda de tela gris, camisa blanca con una corbata del color de su casa. Y todo se remata con una túnica de hechicería verde, que Cypress ha colgado en la espalda de su silla.

Me le acerco despacio, respirando profundo, tratando de bajar mi ritmo cardiaco. Le confisco el teléfono.

—¡Ey! No, no, no. —Sus brazos se extienden hacia mí, rogando.

—Tú sabes cuáles son las reglas.

Cruza los brazos y hace un puchero.

—¿Y qué me pongo a hacer entonces?

La universidad tiene un embrujo que impide el funcionamiento de tecnología más avanzada que una linterna, pero los estudiantes encontraron una forma de que sus teléfonos celulares funcionaran con magia Celta—Ni siquiera necesitan un receptor Wi-Fi (la señal es algo temperamental durante las vacaciones nórdicas, pero es bastante buena el resto del año). Después de esto, la universidad intentó prohibir los aparatos electrónicos, pero esto evidentemente no funcionó.

—Estás en detención. No hay celulares en detención.

No estoy seguro qué redes sociales usan los magos hoy en día, pero estoy seguro de que es mil veces peor de lo que usan los «normales».

Abro el cajón superior del escritorio del profesor y guardo el celular ahí dentro.

Cypress descruza sus piernas y se encorva, lo que hala mi mirada a su entrepierna.

La mayoría de las chicas hackean su uniforme de bruja justo lo necesario para verse sexys, sin disparar las alertas del decano; para qué—técni-

camente—no se viole el código de vestimenta. La falda de Cypress llega al punto medio entre sus caderas y sus rodillas, justo en el límite de ser una minifalda. Tiene desabotonado el botón superior de la camisa y su corbata está desajustada lo suficiente para que se vea su clavícula claramente definida.

Miró hacia otro lado el instante que me doy cuenta cómo la estoy mirando, pero no lo suficientemente rápido; creo que se dio cuenta. Micro expresiones la delatan.

Volteo hacia la ventana para ocultar que estoy avergonzado.

—Quiero que me escribas un ensayo de dos mil palabras.

—¿Sobre qué?

—Depende. —Confiando en que ya no se me ve la cara de culpa, giro para mirarla—. ¿Por qué estás aquí?

Cypress se inclina hacia adelante, reposa sus codos sobre el brazo del pupitre, y dice sonriendo con suficiencia:

—Obviamente, para estar a solas contigo, Profesor Wyvernflight.

Ella me dice cosas como ésas todo el tiempo, tratando de sacarme una reacción. Cosas que rayan en lo inapropiado, cargadas de doble sentido, pero lo suficientemente vagas para no meterse en problemas. Siempre las dice frente a sus amigas y, paradójicamente, las risitas resultantes me ayudan a mantener la cabeza fría.

Las chicas de esta universidad son bien coquetas. Un manojito de problemas. Incluso las más pequeñas. Ya que para estudiar en Greystoke solo se necesita haber acabado el bachillerato, y algunas brujas lo hacen antes de cumplir la mayoría de edad. Y las brujas jóvenes se deleitan haciendo sentir incómodos a sus profesores. Pero aprendes a manejar eso rápido, o mueres en el intento.

Sin embargo, ese es un debate académico. Cypress es lo suficientemente mayor como para ser legal en el «mundo mundano»—así le decimos al mundo no-mágico, en caso de que no esté claro. Puede que Cypress tenga dieciocho, pero en mi experiencia, las estudiantes de primer semestre siempre se comportan como chiquitas. Como si todavía fueran adolescentes.

—Esa respuesta no contesta mi pregunta. Te pedí un «qué» y me diste un «por qué».

—Mrs. Fiddlewood me odia —se queja.

—Una vez más, eso no contesta mi pregunta.

—Pero es verdad.

—Pero no contesta lo que te pregunté. ¿Qué hiciste?

—Llegué tarde a su clase.

—Ok. —Me tomo un momento para pensar—. Quiero que me escribas un ensayo sobre la importancia de llegar a tiempo.

Cypress hace un «ejem» para llamarme la atención. Cuando nuestros ojos se encuentran, mira hacia el reloj en la pared, luego hacia la puerta, y de nuevo a mí con los ojos fruncidos. Sin romper el contacto visual, se inclina y saca un cuaderno de su bolso; una mochila de cuero marrón con rayas amarillas que descansa a su lado en el piso. Luego se da vuelta para buscar dentro de los bolsillos interiores de su túnica y saca su varita mágica.

—No, no, no —le digo mientras camino hacia ella.

—¿Qué?

Le quito su varita.

—Con eso no. Con una pluma.

—¿En serio? —pregunta, exhalando por la nariz.

—En serio. —Le doy la espalda y me siento tras el escritorio del profesor, dejando su varita encima.

Cypress saca una pluma de su bolso y comienza a escribir. Sus ojos fijos en su cuaderno.

Sin nadie mirándome, me dejo morbosearla. Esa Cypress es alta y larga. Flaca. Pequeñas tetas turgentes que apenas levantan la tela de su camisa. Piernas largas y delgadas que llegan hasta el techo. Cabello negro espeso y ojos marrón oscuro. Piel impecable como la seda. Es tan hermosa que tengo que obligarme a no darle miradas largas durante la clase. No sé cómo es que logro concentrarme.

CAPÍTULO 3

—¿PROFESOR? —PREGUNTA MIENTRAS todavía escribe. Se detiene y me mira.

—¿Sí, Cypress?

—Estaba pensando... ¿qué pasa si solo escribo mi nombre unas dos mil veces?

—¿Perdón? —No estoy seguro de que es de lo que está hablando.

—¿O si te escribo una versión porno de Caperucita Roja? —En lugar del ensayo, quiere decir.

—Eso... Eso no es lo que te pedí.

—Yo sé. Pero me refiero—¿cuál es la diferencia? Esto no es una clase. ¿Dónde vas a poner la nota? ¿En teoría mágica?

—¿Por qué sigues haciendo esto? ¿Te gusta meterte en problemas?

—No. —Cypress mira hacia la pared.

Le doy el discurso.

—La detención no es un castigo porque sí. Está ahí para que tengas tiempo de reflexionar sobre lo que hiciste. Cuando los hechiceros cometemos errores en el mundo real, meterse en problemas es un tema serio. Por eso seguimos implementando detención en las academias de magia. Así los estudiantes sean adultos. Con suerte, para cuando te gradúes, habrás aprendido a tomar decisiones sensatas y lo que significa asumir la responsabilidad de tus acciones.

No responde y vuelve a escribir.

Me dejo imaginar cómo se ve desnuda. Me veo chupándole esos pezones oscuros. En mi mente, su cabeza echada hacia atrás; la dulce melodía de sus gemidos. Su cabello bailando en el viento mientras le toco el coño. Hasta

puedo saborear sus jugos. « Joder, me estoy poniendo duro.»

Luego, sin apartar los ojos de su cuaderno, con la pluma todavía en movimiento, dice:

—¿No te aburres de mirarme?

Me entra el pánico.

—¿Qué? —«¿Me está leyendo la mente?»

Cypress sube los ojos y me mira, se sienta derecha y luego se recuesta, agitando la pluma junto a su cara.

—Los profesores normalmente traen algo que hacer a detención. ¿No tienes exámenes para calificar o algo así?

—Oh. Si. Tengo. Lamentablemente, no los traje. No estaba planeando venir hoy.

—¿Es por eso que llegaste tarde? —sondea. Su pluma descansa entre sus dientes. —¿Una cita caliente, Profesor Wyvernflight?

—No, Cypress, no tenía una cita un martes por la tarde.

Se ríe entre dientes.

—Eres tan chistoso. ¿Cómo es que no estás casado? —Se inclina.

—Esto se está tornando personal. Mejor para. —Desafortunadamente, estoy disfrutando de su interés en mí, y mi tono no es tan firme como debería.

—¿Qué pasa si no paro? —Su voz, tan sexy como alguna vez la he escuchado.

—Te daré un par de nalgadas. —«¿Cómo fui a decir eso?!»

—Sé que estás bromeando, pero me gustaría que no.

—Para.

—Está bien. —Ella devuelve su mirada al cuaderno mientras mastica coquetamente su pluma.

Una pausa.

—¿Es verdad que trabajaste en el Departamento de Magia? —pregunta.

—«Ciertamente» no quieres escribir el ensayo.

—«Ciertamente» no —responde con naturalidad, apoyando los codos sobre el brazo del pupitre y la cara sobre sus palmas abiertas, en una pose

ensoñadora, batiéndome sus pestañas.

—Ven. Deja de procrastinar —le digo con voz suave.

—¿Debería llamarte Agente Wyvernflight?

—Ya no soy un agente.

—Veo. Y, ¿por qué el cambio de carrera? ¿Por qué estás aquí ahora? — pregunta.

—¿Aquí?

—Enseñando aquí.

—Es una universidad privada. Paga bastante bien. —Quiero que piense que esa es la única razón por la que estoy aquí.

—¿Y la Oficina de Magia Negra?

—¿Cómo sabes de eso?

—Todo el mundo sabe. Eres un profesor muy popular. ¿Sabes cómo te llaman? —Ella contesta a su propia pregunta sin darme tiempo para responder—. Profesor Zorro Plateado.

—¿Quienes? ¿Quiénes me llaman así?

Ella mira hacia abajo y a su derecha.

—Gente.

Había escuchado que las chicas de acá me tenían ese apodo: «Profesor Zorro Plateado». Que infantil. Mi pelo ni siquiera es gris: solo tengo un par de canas aquí y allá, y las tengo desde los veinte. Y me gustan mis canas, por lo que el apodo no me molesta en absoluto.

Las chicas de Greystoke son tan creativas con sus apodos: «Barra de Mantequilla Betty Poisonwood», «Cara de Mierda Francis Smallflower», «Billy el Retrasado Colorado». Pero no sabía que Cypress me llamaba «Profesor Zorro Plateado», lo que cambia un poco el contexto del apodo. Entonces, respondo la pregunta anterior para ocultar mi reacción.

—¿La Oficina de Magia Negra? Ese trabajo... No quería dejarlo. Pero no siempre depende de ti. Nos cortaron los fondos.

CAPÍTULO 4

— ¿FONDOS?

—Estábamos allá con un proyecto de investigación.

—¿«Estábamos»? —pregunta Cypress, casi celosa.

—El trabajo que hacíamos... Nadie hace ese tipo de cosas solo.

—¿Qué tipo de trabajo?

—Ah. Esto y aquello.

—Ven. Cuéntame —suplica.

—No me creerías.

—Ahora «tienes» que contarme.

—Es un poco descabellado.

—Deja de darle alargues y cuéntame.

—Está bien. —Me tomo mi tiempo, preguntándome si es buena idea decirle. Luego digo—. Trabajábamos con artefactos oscuros. Con volca-tiempos.

—¿Volca-tiempos? ¿No son ilegales? —pregunta con los ojos muy abiertos.

—Sí.

—Pero si usar magia para viajar en el tiempo es ilegal—

—Fue un proyecto del gobierno. No es ilegal si el Departamento de Magia quiere que lo hagas.

Se inclina hacia atrás y deja que su trasero se deslice hacia adelante en su silla.

—Entonces, viajes en el tiempo.

—Sí.

—Viajes en el tiempo «de verdad».

—Sip.

—No la teoría inmamable que nos enseñan en clase —dice, incrédula.

—Por la teoría «inmamable» es que conseguí el trabajo.

—Entonces, ¿podrías volver en el tiempo al colegio si quisieras?

Le sonrío.

—Si quisiera.

—Cómo eres de ñoño —dice burlona.

Se me había olvidado qué tan mezquinas e hirientes podían ser las brujas.

Ella ve mi reacción y se controla.

—Oh Dios, era en serio.

—Sip. —Asiento con la cabeza.

—No. Me estás cagando.

—No.

Ella escudriña mi cara por un buen rato.

—Sí. Me estás cargando.

—Te lo dije. No me ibas a creer.

—No, no, te creo... Es solo que... —Cypress busca como expresarse—. No es una idea fácil de vender.

—No estoy vendiendo nada.

—¿Qué hacías allá exactamente? —pregunta, inclinándose hacia adelante en su silla.

Esa es una pregunta problemática. Demasiados recuerdos complicados.

Todas las organizaciones mágicas prohibieron viajar en el tiempo en 1994, después de varios intentos fallidos para regularlo. El mundo no estaba preparado para lo fácil que era para algún pendejo joder a toda la humanidad. Estados Unidos, siendo el gobierno que es, trató de quedarse con el oro y el moro. Financió un proyecto secreto que le hizo pistola a todos los tratados internacionales. A todos sus aliados. Por las dudas, como siempre.

—Los Volca-tiempo tienen un alcance limitado —le digo—. Solo puedes quedarte en el pasado por seis horas. Estuvimos trabajando en una forma de quedarnos todo el tiempo que quisiéramos.

—¿Les funcionó?

Después de años de esclavizarnos para resolver el problema, sucedió algo inesperado: Nos cambiaron la administración. Los burócratas que llegaron se asustaron y cancelaron el proyecto. Destruyeron todo lo que habíamos desarrollado, volvieron confidencial toda la evidencia de nuestro trabajo y, por supuesto, despidieron a todos los involucrados. ¿A quién le importa que hubiéramos dedicado nuestra vida al proyecto? Solo les importaba guardar las apariencias, mantener sus puestos en el gobierno y hacer que el nuevo jefe se viera bien.

—Nunca lo terminamos —le digo a Cypress.

—Ok. Pero, ¿podría funcionar?

—Esa era la idea.

—Mierda, con una máquina del tiempo yo... —Cypress mira hacia arriba y hacia su derecha, mientras toca su barbilla, pensando—. Volvería diecinueve años y le diría a mi papá que la sacara antes.

—¡¿Qué?!

—Si. Apuesto a que lo traumatizaría. «Soy tu hija del futuro. Deja de follarte a mi mamá.»

—Eso es inusualmente gótico de tu parte.

—Solo quiero ver cómo es una paradoja.

—Bueno, así no es exactamente cómo funciona —le digo, riéndome entre dientes.

—¿Como funciona?

—Es un poco técnico.

—Me encanta lo «técnico» —dice ella.

—¿Así de aburrida estás?

—Pues sí. Pero no es por eso que pregunto. Creo que eres interesante— «Es» interesante. Lo que estás diciendo es interesante.

—No te creo. —Levanto la ceja izquierda—. Mira. ¿Te encanta lo «técnico»? Explícame por qué no podemos viajar por más de seis horas y te cuento todos los detalles técnicos que quieras. —Espero su reacción, que no llega—. Lo vimos en clase —agrego.

Se pone de pie y camina hacia la pizarra y yo estoy hechizado. Cypress y

su camarilla se creen modelos de moda, con la universidad como su pasarela privada. Hay que reconocer que todas tienen el cuerpo y la actitud para esto; especialmente Cypress que también tiene la cara de una estrella de cine.

Toma un borrador y limpia el tablero, haciéndose espacio para escribir. La envuelve una nube de polvo de tiza, y ella tose como una ardilla; Tierna y refrenada. Las aulas de esta ala todavía tienen tableros de tiza. Pintoresco, pero poco práctico. La mayoría de los profesores odiamos dictar aquí.

Cypress levanta una tiza blanca y comienza a escribir.

Su espalda hacia mí. Mis ojos delinean las curvas inverosímilmente largas de sus piernas; desde sus medias blancas hasta la rodilla, hasta la base de su trasero, que su falda apenas cubre. Ella dibuja en el tablero el primer nombre secreto de Kronos con trazos amplios y largos. Mientras mueve el brazo, baila su falda, dejando que sus calzones de algodón blanco se asomen por instantes.

Trago saliva paralizado, completamente consciente de que estoy parado en una cuerda floja. Pero no me importa.

Entonces noto que dibuja un reloj de arena envuelto en triángulos concéntricos, y luego los nombres secretos de Kronos restantes en cada ángulo. Yo esperaba que ella se saliera por la tangente. En el mejor de los casos, esperaba que me contara la historia que le conté a su grupo en clase, donde un hechicero renegado casi deshace el flujo del tiempo. ¡Pero Cypress escribe un hechizo de reverso espaciotemporal en el tablero!

Mi mandíbula al piso.

Ella explica todo en sus propias palabras, pero con la claridad de una gran hechicera.

—Un volca-tiempo tendría que trabajar con un hechizo Kronos-Higgins. Como este —dice señalando el tablero.

—¿*Duh?* —pregunto.

—O sea, si agrego otra línea, cambiaría la forma del sigilo, y el hechizo no funcionaría. Para nada. De pronto podría invocar a Calipso o algo así. Pero no movería el tiempo.

CAPÍTULO 5

DEBERÍA ESTAR ORGULLOSO, pero en cambio, me enojo. Estallo.

—¿Por qué finges ser una cabeza hueca?

Ella retrocede, cruza los brazos a la defensiva y baja la barbilla.

—¿De...? ¿De qué hablas?

—Lo estás haciendo de nuevo. Te estás haciendo la tonta.

—No.

—¡Si! Lo haces en clase todo el tiempo.

—Está bien. —Se sonroja, desenmascarada—. La cosa es, Profesor Wyvernflight, la cosa es que a mí me gustan los hombres. Pero a los hombres no les gusta que sus chicas sean más inteligentes que ellos.

—Eso no es verdad.

—Oh, Profesor Wyvernflight. Sí que lo es.

Quiero romper esa noción tóxica, pero no sé cómo.

—Bueno... tal vez los chicos inseguros. Pero tú no quieres meterte con ninguno de esos.

—No señor. Todos son así. Algunos lo esconden mejor que otros, pero todos los hombres son así.

—¿Crees que yo me metería con una mujer tonta?

Cypress me bate las pestañas.

—No. No con una tonta. Seguro a ti te gustan las mujeres inteligentes. Pero no más inteligentes que tú.

—Mira, Cypress, estoy seguro de que hay muchos hombres a los que les gustas tal cual como eres. Con quienes no tendrías que fingir.

Ella ríe.

—Me gustaría conocer a alguno. Y ya que estamos, a un unicornio afri-

cano también.

—Quizás estén donde no estás mirando. Toma a Will Ronbledore, por ejemplo.

—¿A quién?

—El chico que se sienta detrás tuyo en mi clase—¡Vamos! Tú sabes quién es Will Ronbledore.

Ella mira hacia arriba y hacia la izquierda, pensando.

—Will Ronbledore. Will Ronbledore. Lo siento. —Ella se encoge de hombros.

—No importa. Solo es otro enamorado más que no estás viendo. Mi punto es que... hay unicornios africanos—No puedo creer que no te hayas dado cuenta de Will Ronbledore. «Yo» he notado a Will Ronbledore. Pobre chico es tan obvio. A un hombre que te mira así no le importa que seas inteligente. Apuesto a que hasta le encanta.

—Sí... Sé que eres un mago muy sabio, Profesor Wyvernflight, pero no creo que tengas mucha experiencia siendo una mujer.

«Buen punto.»

—Tal vez le guste. ¿Quién sabe? —agrega Cypress—. Tal vez cree que le guste, pero cuando llegue el momento... Los hombres se sienten amenazados. Tal vez él nunca se lance.

—Entonces «tú» te puedes lanzar.

Ella estalla en carcajadas como si hubiera dicho la cosa más divertida (o más tonta) del mundo.

—Profesor Wyvernflight. A mí me gusta que mis hombres sean... «hombres», ¿sabes?

—Mira, te he visto cambiar de novios como si fueran medias viejas. ¿Por qué crees que es eso?

Cypress se retrae.

—El tema se está volviendo personal, Profesor Wyvernflight.

—¿No puedes manejarlo? Tú has estado volviendo personal el tema por un rato largo.

—No no. Si puedo manejarlo —responde ella, esbozando una sonrisa

confiada.

Descanso contra el respaldo del escritorio, enfrentándola, y cruzo los brazos.

—¿Por qué cambias de novio tan seguido? ¿Qué estás buscando?

—No estoy segura. Me aburro.

—¿Por qué es eso? —le pregunto.

—Sé a lo que te refieres, y te equivocas. Me gusta fingir. Fingir es divertido. Es solo que... Los chicos de acá son tan sosos.

—¿Todos?

—Es una universidad sosa —responde encogiéndose de hombros—. No todos pueden ser zorros plateados que viajan en el tiempo —agrega con un guiño.

—Cypress, hagas lo que hagas, no quieres pasar tu vida usando la máscara de una barbie. Confía en mí, es agotador fingir todo el tiempo. Hacerte la que eres alguien que no eres.

—¿Que confíe en ti? Ok. Voy a confiar en ti. Pero tienes que darme más. —Cypress se aleja del tablero y se sienta sobre el escritorio. Cruza las piernas en cámara lenta y yo tengo que luchar con cada fibra de mi ser, para mantener la mirada fija en sus ojos. Luego se inclina y coloca su mano sobre la mía—. Ya no puedes ser el misterioso Profesor Zorro Plateado.

Dejo mi mano debajo de la suya por un momento; por más tiempo del que debería. Luego la quito.

—Cypress...

—No puedes hacer eso —exige.

—No es apropiado.

—¿A quién carajos le importa! No hay nadie aquí. Dijiste que debería lanzarme. —Ella salta del escritorio y da un paso atrás—. Ves. Los hombres dicen que quieren una cosa, pero en el fondo quieren otra. Todos ustedes son unos mentirosos.

Enderezo mi postura, tratando de parecer un profesor digno, y doy un paso hacia ella.

—Estás haciendo saltos lógicos extraños. Quizás es mi culpa. Te estoy

dando el mensaje equivocado.

—Entonces, ¿ahora volvemos a pensar que soy estúpida? —dice enojada y sarcástica.

—Eso no es—

—No más mierda. Dime a calzón quitado, ¿qué piensas de mí?

—¿Qué?

—Que ¿qué piensas de mí? Es una pregunta sencilla.

—Eh... —bajo la mirada, sin saber qué responder.

—Vamos a descartar «el mensaje equivocado» —dice Cypress enfática.

—Te lo dije. Creo que eres una chica muy inteligente—

—Eso no es lo que quise decir. Y tú lo sabes.

—Yo no...

—Ahora «tu» te estás haciendo el tonto, Profesor.

—Cypress, sabes que no puedo responder lo que me preguntas.

—¿Por qué no?

—Soy tu profesor.

—¿Es por eso? —Ella da un paso hacia mí. Nuestras caras se encuentran a centímetros. Tan cerca que me excita el olor de su aliento.

Necesito un momento para responder. Mi mente está nublada, y sus ojos fijos en los míos me hacen olvidar dónde estoy. Trago fuerte, y luego digo:

—Sí.

Cypress exhala frustrada, retrocede y mira hacia otro lado.

—¡Dios! Eres tan malo en esto.

Delibero qué quiere decir con «esto», cuando se vuelve hacia mí y, apresuradamente, me agarra la cara con las dos manos por las mejillas. Cypress estrella sus labios contra los míos.

El tiempo se detiene.

CAPÍTULO 6

YO... DOY UN paso atrás.

—Me devolviste el beso —dice ella.

Me agarro la cabeza y camino hacia el tablero.

—Pues claro. Pero... pero eso no cambia nada.

Ella da un paso adelante e intenta abrazarme nuevamente, pero lucho contra ella—«Luchar» es una palabra fuerte; ella extiende los brazos para abrazarme, y yo muevo sus manos a un lado.

—¿Por qué estás jugando conmigo? —pregunta, respirándome en la cara.

Me retiro y uso el escritorio como barrera.

—Esto... no podemos hacer esto.

—Yo sé que me deseas.

—Ese no es el punto.

—Lo vi en tu cara la primera vez que nos vimos —dice Cypress.

—Ah. No. No no. No creo que sea verdad.

—Está bien. También me pasó algo parecido cuando te vi por primera vez.

Se me escapa un:

—¿Qué? —como a un niño que descubre que Santa Claus no es algo inventado después de todo, con mi voz saliendo una octava más alta de lo que debería—. Oh, no. —Recupero la compostura—. Eso definitivamente no pasó.

—Si pasó —dice Cypress casi cantando—. Mi cara de póker es brutal.

Me aferro a mí mismo y me paso las manos por la camisa para ajustármela. Soy un profesor, no un adolescente lleno de hormonas. «No importa si ella me hace sentir así. No importa si quiero esto más de lo que ella

lo quiere, no voy a tirarlo todo por un polvito con una estudiante.»

—Para este juego, Cypress —le digo con la voz que uso en clase.

Ella queda desconcertada. No sabe cómo reaccionar. Luego susurra:

—Eres un imbécil —mientras se da vuelta y regresa a su silla.

Ella entierra su cabeza en su cuaderno. Obviamente no está trabajando en su ensayo, sino evitando mirarme.

Regreso a mi silla y me pregunto qué decirle. Me siento mal, ella se siente mal, todos nos sentimos mal. Mi mirada se concentra en las varitas sobre la mesa. La mía a centímetros de la de ella. Tan cerca, y sin tocarse; como una metáfora de la vida real. Giro mi silla para mirar la pizarra; para pensar. Me imagino una vida con ella. «Estos no son pensamientos libidinosos,» me digo, «esta chica me importa.»

Silencio.

«Tengo que decirle... Algo.» Me giro para enfrentarla.

—Mira, Cypress... —Y olvido lo que iba a decir.

Cuando me giro, la encuentro mirándome, mordiénzose las uñas, desnudándose con los ojos. Ella se encorva en su asiento. Sus piernas bien abiertas. Sus calzones de algodón blanco a la vista, mientras sostiene la falda hacia atrás con la mano izquierda. Su dedo medio se asoma debajo de su ropa interior.

Estoy hipnotizado con su entrepierna. Sus calzones son algo a entre un bikini y una tanga. Tiernos y sexys. Los labios de su coño hinchados parecen dos montañas. Un toque de humedad marca su raja.

Cuando finalmente reacciono, me inclino hacia adelante sobre el escritorio y digo:

—Basta —de la manera menos convincente del mundo.

Ella solo me sonrío.

Miro hacia la puerta, hacia la ventana rectangular sobre la perilla. Susurro:

—¡Alguien puede ver!

—El balón está en tu cancha, Profesor —dice ella, mirándose con ojos melosos. Mirándose como si fuera tímida.

Me levanto de mi asiento con mucha menos convicción de la que debería tener en ese momento. A medio levantarme me encuentro con una erección peleando con mis calzoncillos. Me toca caminar chistoso.

Ella se traga una risa. Se nota que se está divirtiendo. Su mano se mueve profundamente en sus calzones. Veo la silueta de su dedo medio abriendo sus labios debajo de la tela.

Marcho hacia ella, con toda la intención de hacer que pare. Pero cuando llego al borde del escritorio, ya he perdido todas las fuerzas para luchar. Me recuesto contra la mesa, miro por última vez a la puerta, y procedo a masajear mi pene sobre mis pantalones.

—Así —dice ella—. Déjame verlo.

Niego con la cabeza.

Ella mueve la tira de sus calzones y me muestra su concha abierta palpitando. Su dedo índice, mojado de sus jugos, rodea sus labios, invitándome a entrar.

Trago saliva. Luego me bajo la cremallera y me desabrocho el cinturón. Mis pantalones caen al suelo como si fueran de piedra.

Me llama con el dedo.

—Te quiero acá.

Obedezco, dejando atrás mis pantalones. Me detengo a su lado, con mi entrepierna frente a su rostro. Con una mano todavía en su coño, se acaricia sus pliegues. Con la otra, ella baja mi ropa interior para liberar mi verga.

—Me encanta como hueles —susurra.

Entierro mis dedos en su pelo tupido y masajeo su cuero cabelludo.

Ella agarra mi pene y lo acaricia suavemente.

Me tomo un momento para disfrutar de la electricidad de su toque, mientras ella frota mi falo preso en su puño.

Bajo la mano y acaricio su rostro.

Cierra los ojos. Sonríe cuando mi palma pasa por su mejilla y luego baja por su cuello.

Mientras me masturba, acerca mi hongo a su rostro. Cada par de caricias hace que mi punta roce su cabello.

Le sobo el pecho sobre su camisa. Tetas pequeñas y duras. Siento el sostén debajo, y sus suaves senos sobre la tela.

—Te las quiero chupar hasta que se te pongan rojas —le digo.

Ella gime y aprieta mi verga, sin soltar su coño.

Me paro derecho y empujo mis caderas contra su rostro.

Cypress reacciona engullendo mi pene. Ella no me acaricia con la boca, sino que trata de meterse mi miembro lo más adentro que puede; más de la mitad de lo que mide. Ella se queda allí, inmóvil, sintiendo mi corona contra el fondo de su garganta hasta que se queda sin aire.

Instintivamente, agarro su cabeza y la halo hacia mí nuevamente. Mi pene atiborrando su boca se siente divino; mi hongo frotando sus amígdalas.

—Mámamelo así —le ordeno.

Todavía sentada en la silla con las piernas abiertas, cuando presiono su rostro contra mí, ella deja de frotarse el coño temporalmente, como si no supiera qué hacer.

Me quedo allí un rato. Luego la suelto para que pueda respirar.

Ella se echa hacia atrás y da una bocanada.

Contorneo sus orejas con las yemas de mis dedos.

—Con mi pija en tu boca eres la criatura más hermosa que he visto.

Ella me mira inclinando la cabeza. Sus ojos aguados. Luego mueve su lengua sobre mi punta y baila alrededor de mi uretra.

—Dame semen de comer. —Y entonces vuelvo a penetrar su garganta. Mi pene presionando su úvula parece que realmente la excita, ya que ahora se frota el clítoris como una roquera. Los músculos de su brazo tiemblan.

La trinco por la cabeza y le follo la boca. Con fuerza. Voraz.

Ella suelta su concha y se aferra a mis piernas con ambas manos. Para equilibrarse, supongo.

Me agacho y coloco mi mano sobre sus calzones, todavía penetrando su boca, y apuñalo su vagina con mi dedo medio.

Ella arquea la espalda y mi virilidad escapa sus labios.

Le meto el dedo con más fuerza.

Ella gime. «Tenemos una llorona.»

Agarro su cabeza y vuelvo a llevar mi pene a su garganta. Esto efectivamente la calla. Mi pelvis palpitante y mis dedos que entran y salen de su cuerpo la hacen temblar.

Ella me agarra por las nalgas y me hala tan adentro que mis testículos golpean su barbilla.

Luego, sin previo aviso, me retiro y doy un paso atrás.

Ella jadea, recuperando el aliento. Luego pregunta:

—¿Qué pasa?

—Nada.

—¿Quieres correrte en mi boca? Puedes correrte en mi boca si quieres.

—Todavía no. —Extiendo mi mano y la guío para que se ponga de pie. Ella lo hace. Mientras estamos frente a frente, me doy cuenta de que es más alta que yo. Esto me excita aún más. Son solo unos centímetros, pero estando así de cerca, tengo que inclinar el cuello para encontrar su mirada; sus ojos soñadores.

Le doy un besito en los labios. Ella tiembla. Entonces atrapo su delicioso labio inferior entre los míos, y se lo chupo suavemente. Ella me abraza por la cintura y me hala hacia ella. Mi lengua entra en su boca y nos perdemos en el momento.

Cypress baja sus manos y aprieta mi trasero, mientras su lengua lucha con la mía.

No aguanto más. Agarro la parte de atrás de su cabeza por el pelo y tiro. Su cuello expuesto a mí; me siento como un lobo. Quiero morderla. Para devorarla.

—¿Me vas a follar, o qué? —pregunta desafiante.

CAPÍTULO 7

POSEÍDO POR MI animal interior, arrastro a Cypress y la empujo contra el tablero. Su rostro contra los sigilos que controlan el tiempo. Ella jadea excitada, y su respiración convierte la tiza en nubes de polvo blanco. Al restregarse, su camisa borra algunos de los nombres secretos de Kronos.

Mi boca junto a su oreja. Digo:

—¿Es esto lo que quieres? —mientras bajo mi mano por su costado, por su falda y luego acaricio su pierna desnuda.

—Sí —dice temblando, con los labios besando el tablero. Como una estatua, espera mis instrucciones.

Muevo mi mano hacia arriba a paso de tortuga, debajo de su falda, hasta llegar a sus calzones. Levanto mi mano un poco más y acaricio sus nalgas; su suave culo de melocotón.

Ella chilla.

La empujo más fuerte contra el tablero, presionando mi cuerpo contra el suyo. Brusco. Para hacerle saber que no le he dado permiso para hacer ningún sonido.

Ella entiende y cierra el pico.

Mi palma frotando sus bragas encuentra su vulva hinchada, rogando que alguien la toque. Acaricio sus labios y encuentro el algodón mojado. Restriego mi cuerpo contra el suyo. Mi pelvis desnuda contra su falda. Mi polla entre sus nalgas. Pre-semen mancha la tela. Sostengo a mi estudiante por la cintura y la muevo a mi gusto. Luego levanto mi brazo derecho y deslizo mi mano entre los botones de su camisa. Cuelo mis dedos debajo del alambre de su sostén y estrujo su teta izquierda.

Su ritmo cardíaco aumenta, mientras respira al ritmo de mis caderas.

Entonces, escuchamos pasos en el corredor. El mismo chirrido de las tablas del suelo cuando corría tarde viniendo al salón.

Nos paralizamos y aguantamos la respiración. Si alguien pasara; si mirara por la ventana de la puerta, me vería sin pantalones, culeándome una alumna contra el tablero.

Los pasos se acercan.

Miro hacia el escritorio. Nuestras dos varitas allí, justo fuera de alcance. Tan cerca y tan lejos.

Afuera de la ventana, una silueta se acerca.

Cypress me mira solo moviendo los ojos, buscando una señal de qué hacer.

«No hay tiempo de vestirnos,» pienso. Si intentamos escondernos, o ponernos en una posición discreta, haremos demasiado ruido. La mejor opción es quedarnos quietos y esperar que quien esté pasando no mire hacia dentro del salón.

Puedo volver a respirar cuando veo que pasa la punta de un traperero por el marco de la ventana. Esto significa que un elfo-escolar del servicio de limpieza está caminando por el pasillo. Obviamente, el elfo es demasiado bajito para mirar por la ventana sin proponérselo.

Dejamos que los pasos se callen.

Cuando estoy convencido de que el elfo-escolar está lo suficientemente lejos, guío a Cypress hacia el escritorio del profesor, besándole el cuello. La sostengo por la cintura y la levanto, para sentarla encima.

Ella levanta las piernas y se quita su ropa interior.

—Ayúdame —susurra.

Agarro sus calzones y se los quito. Luego me los acerco a la cara e inhalo su aroma; su humedad.

Ella se ríe.

—Ahora son míos. Me los voy a quedar —digo, extendiendo mi brazo para alcanzar el respaldo de la silla del profesor, y los guardo en el bolsillo de mi chaqueta.

—Ok. —Ella abre las piernas y me muestra su feminidad.

Guío mi pene hacia ella y descanso mi hongo sobre sus labios, donde lo muevo para que mi glándula frote su clítoris.

Ella estira su mano derecha y agarra mi verga, guiándola dentro de sus pliegues.

Cuando la penetro, arquea su espalda y gime. «Tan húmedo y, al tiempo, tan apretado.» Su cuca caliente me invita a bombearla llena con mi leche.

Mientras la apuñalo, mis nervios hormiguan en olas.

Se ve tan linda, con su sonrisa traviesa y su ropa desordenada.

—¿Te gusta lo que estoy haciendo? —pregunto.

—¿Tu qué crees?

La apuñalo con más fuerza.

—¿Esa es forma de hablarle a tu profesor?

—No señor. Lo siento.

—Entonces, ¿te gusta lo que te estoy haciendo? —pregunto de nuevo, todavía empujándome profundamente dentro de ella.

—Sí señor. Profesor Wyvernflight —murmura entre jadeos.

Luego me detengo abruptamente y le doy la espalda.

—¿Qué? —pregunta, sorprendida y preocupada—. ¿Qué hice mal?

—Nada —digo rodeando el escritorio—. Es solo que... tu placer me pertenece.

—No entiendo.

—Ya vas a entender —le digo con una sonrisa malvada.

Ella levanta las cejas, cierra las piernas, y se retrae un milímetro.

—Deja que te enseñe. —Agarro mi varita y muy despacio froto la cara interna de su muslo.

Cypress me mira atemorizada, pero abre las piernas mientras la varita desciende hacia su raja.

Llego a su flor y toco su clítoris erecto con la punta.

Tiembla.

Le hago cosquillas en el gallo con tres caricias suaves.

Gime.

Canto:

—*¡Gaudentus!* —Y mi varita se enciende con una pequeña luz sobre su pepita.

Sus ojos giran hacia atrás y todos sus músculos se tensan. ¡Tanto placer! Ella se agarra la vagina con ambas manos y comienza a aullar descontrolada.

—¡Mierda! —Me metí tanto en el momento, que se me olvidó dónde estamos. Muevo mi varita y apunto a su boca—. *¡Silentium!*

Sus labios se mueven, pero sus gritos ahora suenan ahogados, como susurros. Ella no parece darse cuenta... O de pronto es que no le importa. Todo lo que hace es sacudir su cuerpo como si tuviera todos los orgasmos del mundo al mismo tiempo.

Mi mirada se queda fija en sus tetitas que se sacuden como gelatina debajo de su uniforme de bruja. Mi cara es una sonrisa arrogante.

Después de casi un minuto, ella se calma. Descendiendo de su éxtasis, se derrumba sobre el escritorio.

Me arrodillo frente de sus piernas abiertas y le lamo la cuca. Saboreo su humedad salada. Es como beber el mar.

Ella respira ruidosamente.

Me acaricio la verga mientras beso sus labios y chupo su clítoris.

Ella dice algo, pero no se entiende. Sus palabras siguen ahogadas. Sospecho que quiere más.

Coloco la punta de mi varita en su ranura y empujo hacia adentro. Cuando está a medio camino, le doy vueltas para masajear sus paredes interiores.

—Quiero saborearte —dice una vez que el hechizo de silencio se levanta.

Doy un par de vueltas más a mi varita.

Ella me indica que quiere que acerque mi pene a su cara.

Me levanto y me muevo rodeando el escritorio, sin soltar mi varita; sin detener mi «jugueteo de varita».

Cuando llego a su alcance, Cypress agarra mi virilidad con su mano izquierda y acaricia mi hongo con su pulgar. Los movimientos intentan coincidir con lo que le estoy haciendo, pero su cuerpo no está del todo bajo su control.

Coloco mi polla entre sus labios, lo que me obliga a inclinar la varita unos

grados para seguir penetrándola. Hago mi mejor esfuerzo para sostener la varita dentro de su canal, ya que quiero bombarla por ambos extremos.

Ella me chupa la verga dulcemente, pero con firmeza. En nada vuelvo a empujar mis caderas contra su hermoso rostro. Cada empuje va más profundo, hasta que siento su nariz pinchando mi piel.

Cuando profundizo, ella hace ruidos de náuseas, pero evita que su cuerpo retroceda.

—Te voy a llenar hasta que te derrames. —Estoy tan arrecho que no puedo seguir frenando más la leche. Estoy a punto de venirme...

—¡*Meiorabus!* —grito, y mi varita eyacula al mismo tiempo que mi espermia se descarga dentro de su garganta.

El hechizo la abrumea. Cypress tiembla como si tuviera una crisis epiléptica. Mi semen sale de su boca y le baña la cara, mientras su cuerpo contrae todos sus músculos al unísono. Esta vez se viene en silencio, como si este orgasmo le hubiera vaciado todo el aire de los pulmones. «Amo la magia sexual.»

Cuando esto sucede, me derrumbo sobre la silla, donde me dedico a admirar la belleza de esta magnífica criatura.

Nos quedamos así por un tiempo, casi olvidando dónde estamos. Casi olvidando que alguien puede entrar en cualquier momento.

CAPÍTULO 8

LOS RUIDOS DE afuera nos recuerdan que estamos en el salón 3B. El zumbido del jardinero afilando sus herramientas. El murmullo del equipo de fútbol aéreo regresando del campo. La detención se ha terminado.

Recojo mis pantalones del piso y me los pongo de nuevo.

Cypress se levanta y se arregla el uniforme de bruja. Con mucho cuidado se ajusta la falda, para no mostrar que estará sin calzones el resto del día.

—Tienes... —De repente tengo problemas para terminar la oración.

—¿Qué?

Froto la esquina de mi boca para mostrarle que tiene algo allí.

—¿Semen en la cara? —pregunta tocando sus labios.

Asiento con la cabeza. Se ve adorable con su cara salpicada de mi semilla.

Como si la hubiese marcado como mía.

Da unos pasos hacia el escritorio del profesor y agarra su varita.

—Puedes decir «semen» en frente mío.

—Yo sé. —Pero la verdad es que me siento raro hablándole así.

Cypress agita su varita contra su cara y dice:

—*¡Abjugo Spermacio!* —La varita se ilumina con luz blanca y el semen que adorna su rostro se evapora, sin dejar rastro.

—Ese es un hechizo muy particular el que tienes ahí. ¿Dónde lo aprendiste?

—En el mismo sitio donde aprendiste ese *Meiorabus*... Tienes que enseñármelo algún día —dice encogiendo los hombros—. Todo el mundo debería saber un poquito de magia sexual.

—Supongo que no eres virgen. Quiero decir, no eras antes de... detención.

Ella ríe.

—Deduzco que nunca has tirado con una virgen.

—No. En realidad, no —confieso.

—Déjame ser quien te reviente esa burbuja —dice Cypress.

—¿Es porque solo voy a follarte a ti de ahora en adelante? —digo, tratando de sonar gracioso.

—¡Jajaja! Eso es bien romántico. Pero no. No tienes idea de lo que he planeado para nosotros. Pero no nos adelantemos.

—¿Tienes planes? —«¡Ella tiene planes!»

Cypress hace caso omiso a mi pregunta.

—Cualquiera que quiera comerse una virgen nunca se ha comido una virgen.

—¿Por qué lo dices?

—Mi desflorada fue el peor sexo de toda mi vida. Dolió como un hijo de puta. Tanto que mi novio solo pudo penetrarme cuatro veces antes de que lo mandara a la mierda. Cuatro agujoneadas y nadie se vino. Bastante mal polvo si me preguntas.

—¿De Verdad? ¿Dolió todo eso?

—Más. Gracias a Dios ya sabía que la primera vez iba a doler, así que estaba preparada mentalmente. Si no, habría renunciado al sexo para siempre —dice, abotonándose la camisa—. Entonces, no. Sexo con una virgen es una fantasía terrible. Tú quieres sexo con una perra. Las perras saben lo que están haciendo y les gusta tener tu carne en sus huecos.

—¿Te estás llamando perra a ti misma? No te digas «perra».

—¿Por qué no? «Perro» es un cumplido para los hombres.

«Eso es técnicamente cierto si lo piensas, pero...»

—Es un término despectivo.

—Solo es ofensivo cuando los hombres lo usan para quitarle magia sexual a una mujer. No apruebo avergonzarme de la naturaleza. Mi interpretación es mejor.

—Vale —le digo, acariciando su barbilla—. Pero yo no te voy a decir perra.

Ella me da una cálida sonrisa.

Miro el reloj.

—Ven. Agarra tus cosas.

—No. Quiero tirar otra vez. Hagámoslo de nuevo ahora mismo.

—Se acabó el tiempo, Cypress. Tienes que irte, y alguien va a venir a cerrar el salón en cualquier momento. Además, no sé si puedo volver a ir ahora mismo —digo señalando mi entrepierna.

—Sí, claro. Pero tú puedes retroceder el tiempo.

—¿Qué? ¿Por qué dices eso?

—Buen intento Profe —dice ella, inclinando la cabeza hacia un lado.

—Yo... Quieres decir—Yo no tengo un volca-tiempo. Todos están bajo llave en la Oficina de Magia Negra hasta donde sé.

—¿Crees que estás engañando a alguien?

—No sé de qué estás hablando —le digo, evitando su mirada.

—Los rostros de la gente no cambian tanto con los años. Te ves igual a ti.

«Uh-oh.»

—Claro, hay personas que se parecen a otras personas. Pasa todo el tiempo —agrega—. Parecerte a ti mismo parece una coincidencia. Nadie está esperando que la gente esté viajando en el tiempo.

Trago saliva.

Cypress camina hacia mí, descansa sus brazos sobre mis hombros y me hala hacia ella. Me planta un beso largo y húmedo en los labios, y luego dice:

—¿O me equivoqué? Will Ronbledore, viajero del tiempo.

¿TE GUSTÓ ESTE CUENTO?

¿QUIERES MÁS LIBROS como este? Deja una reseña y déjame saber. Te tomará cinco segundos.

Gracias. Ayuda más de lo que crees.

Blake Sky